

# LA ILUSTRACION UNIVERSAL PERIODICO



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM 10.—SABADO 9 DE MARZO DE 1850.  
MADRID

PROVINCIA: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y Extranjero: Año 50.

## HISTORIA DE LA SEMANA.



CONTINUA la misma falta de novedades en el interior; la misión extraordinaria para la isla de Cuba que parece se ha confiado al señor Mirasol, y las designaciones de varias personas para importantes puestos militares vacantes en la actualidad, esto es todo lo que esta semana ha llamado la atención pública.

En la *Gaceta* han aparecido varias disposiciones con-

cernientes al régimen de aduanas, un decreto relativo al decanato de los tribunales de justicia, y una circular sobre los requisitos que han de observarse para el allanamiento del domicilio de los ciudadanos, con objeto de descubrir géneros de ilícito comercio.

FRANCIA. El aniversario de la proclamación de la República ha sido para París un día festivo como otro cualquiera. En todas las iglesias se celebraron exéquias por las almas de los que fallecieron combatiendo. En la catedral donde ofició de pontifical el arzobispo, había asientos preparados para las autoridades y los representantes, pero casi todos se quedaron vacíos. En punto á iluminaciones no se vió en París mas que la del palacio de la Asamblea. En una palabra, nadie se acordó de festejar á la República, lo cual tiene una explicación fácil: para los unos es la conmemoración de un desastre, cuyo recuerdo quisieran poder olvidar; para los otros la República que existe actualmente es mucho peor que el gobierno de la monarquía. De manera que se ha conseguido que el número de personas contentas sea imperceptible. En los departamentos tampoco ha ocurrido la menor novedad con motivo de la celebración del aniversario.

El 26 se observó alguna agitación en el barrio de San Antonio y en los inmediatos á la Bastilla. Con motivo del aniversario de la República, acudieron muchas gentes á echar coronas de siemprevivas y ramos en la columna de julio. Un oficial de paz, habiendo interpretado mal sus instrucciones, hizo recoger durante la noche todo el ramaje, y cuando por la mañana se vió que la columna estaba desnuda de aquellos adornos, comenzaron á formarse grupos los cuales echaban á porfía nuevas coronas y ramos. El asunto era bien insignificante como se ve, pero á pesar de todo el ministro de lo Interior creyó deber dar una satisfacción desde la tribuna, anunciando que el oficial de paz se había escedido de sus instrucciones y que quedaba por esta causa destituido. La mayoría de la asamblea no vió con gusto que el gobierno descendiese á dar espontáneamente explicaciones sobre un hecho insignificante.

El presidente de la Asamblea Mr. Dupin se encontraba enfermo; Mr. Thiers que también había estado indispuerto se hallaba restablecido.

Se hablaba mucho en París de la caída del gabinete inglés, suponiéndola tan inevitable como próxima, y se añadía que lord Normanby no conservaría el puesto de embajador, siendo probablemente reemplazado por el célebre sir H. Bulwer.

El 27 circularon en la bolsa rumores alarmantes sobre los preparativos que hacia el gobierno con motivo de los armamentos de la Prusia; se dijo también que el autócrata había pasado al gobierno inglés una nota concebida en términos amenazadores sobre los asuntos de Grecia y que de sus resultados lord John Russell había anunciado en el parlamento que el lunes siguiente tomaría la palabra para pedir las cantidades necesarias con objeto de aumentar las fuerzas marítimas y terrestres. El resultado fué que con estos rumores bajaron notablemente los fondos públicos.

El *Moniteur* había publicado un párrafo, desmintiendo ó rectificando estos rumores. Concluida esta nota en términos ambiguos no se ha conseguido con ella calmar la agitación y los temores de que se hallaba poseída la bolsa.

Las elecciones eran, sin embargo, el principal asunto de que se ocupaban las opiniones públicas. Hasta ahora las diferentes fracciones del partido conservador marchan unidas, aunque algunos periódicos manifiestan preferencia hácia tal ó cual candidato que no ha sido incluido en la lista, pero todos convienen en la necesidad de sacrificar las afecciones personales en aras del interés común. Por su parte los socialistas camioan también acordes, siendo de notar el grande ejemplo de abnegación que está dando el director de la *Pre-*

*sse*, M. Emilio de Girardin, que á pesar de no haber sido aceptado por el comité central, está reprimiendo su carácter bullicioso é inquieto, y predicando diariamente en las columnas de su periódico la union y concordia.

La Asamblea ha terminado la discusión del proyecto de ley de enseñanza, habiendo decidido por 436 votos contra 205 que pasaría á la tercera lectura.

El 25 continuó discutiendo el proyecto de ley de enseñanza, habiendo llegado al artículo 71, último que fué aprobado.

Ha comenzado á discutirse el proyecto de ley del camino de hierro de París á Aviñon, asunto que dará lugar probablemente á largos y empeñados debates, porque la *Montaña* ha querido descubrir en el sistema propuesto por el gobierno de abandonar la construcción y explotación del ferro-carril á la industria privada, un elemento de agios y perjuicios para el Tesoro público.

En la sesión del 28 se discutió y aprobó un proyecto de ley sobre el pago del empréstito griego.

GRECIA. Las noticias de Grecia son sumamente contradictorias. En Trieste se decía el 17 que todo estaba terminado, habiéndose allanado la Inglaterra á levantar el bloqueo, y á

suspender las demas medidas coercitivas, que había creído conveniente tomar, y se añadía que había salido el 13 de aquel puerto á bordo del vapor *Llody* un correo que llevaba instrucciones en este sentido al vice almirante Parker y al ministro plenipotenciario M. Wyse. Pero el *Portafoglio Maltese*, en un suplemento fecha del 22, dice que segun las noticias traídas de Atenas por el vapor francés el *Eurotas*, las cosas seguian en el mismo estado. Solo pueden conciliarse estas noticias en el concepto de que el correo que se embarcó en Trieste el 13 no hubiese llegado aun á Atenas á la salida del *Eurotas*.

ALEMANIA. En Austria no ocurre la menor novedad. La primera cámara prusiana ha aprobado por unanimidad, del mismo modo que lo había hecho la segunda, el proyecto de ley en que el gobierno pide 300 millones de reales para aumentar el ejército. Los asesinos del conde Lichnowski, que pereció en una de las asonadas de Francfort, han sido absueltos por el jurado; hace poco que lo fué igualmente la persona que disparó un tiro al príncipe de Prusia, en uno de los viajes que hizo el verano último.

El gran duque de Baden ha convocado los estados para el 4 de mayo próximo, y la dieta del ducado de Nassau lo ha sido



El conde Rossi.

igualmente para el 4 del mismo mes. Por consecuencia de un convenio militar, los prusianos darán guarnición en la ciudad de Gotha.

Parece que el Austria ha notificado al Senado de Francfort una declaración en que manifiesta que se opondrá á la incorporación de esta ciudad libre al nuevo estado federativo. Este hecho ha causado bastante sensación, porque indica que el Austria se encuentra menos dispuesta que nunca á permitir que la Prusia organice á su sabor la confederación germánica.

Por otra parte se asegura que en el mensaje con que debe inaugurarse el parlamento de Erfurt se anunciará que el ducado de Hotiten está dispuesto á entrar en la confederación, lo cual á ser cierto, llenaría de gozo á los alemanes, cuyo bello ideal es tener puertos en el Báltico; pero no debe serlo, según se deduce de los preliminares de paz ajustados recientemente, como debe inferirse del empeño que han tomado la Rusia, la Inglaterra y el Austria, de no desmembrar el reino de Dinamarca. Probablemente esta noticia es una de las muchas con que la Prusia procura alimentar el espíritu público en Alemania.

El 26 á las nueve y media de la mañana se reunieron los diputados de las dos Cámaras prusianas en el palacio real para oír la lectura del decreto de disolución. Después de manifestar el presidente del consejo que S. M. sentía vivamente no poder asistir, por hallarse enfermo, dió gracias á las Cámaras por el celo de que tantas pruebas habían dado, anunciando por último que el príncipe de Prusia acababa de reconocer auténticamente la Constitución. Al terminar la reunión circuló la noticia de que el presidente de la comisión gubernativa de Alemania había presentado su dimisión. Se cree que las Cámaras prusianas serán convocadas para el mes de junio próximo, en cuyo caso las elecciones se verificarán en el de abril. Si esta combinación se verifica, el parlamento de Erfurt será disuelto en junio.

Según las últimas noticias de Berlín acababa de recibir el gobierno una comunicación importantísima que desbarata todos sus planes con respecto á la organización de la Alemania federativa. El rey de Hannover había anunciado oficialmente que se retiraba de la alianza contraída el 26 de marzo, á la cual se le daba el nombre de alianza de los cuatro reyes. Se tenía por cosa segura que la Sajonia seguiría el mismo ejemplo.

**HOLANDA.** La Holanda, que en las turbulencias generales de Europa había estado preservada de toda conmoción, se encuentra amenazada de un desmembramiento del territorio. El gran ducado de Luxemburgo, cuya posesión defendió el difunto rey de Holanda con tanta tenacidad cuando estalló la revolución de Bélgica, arrastrado por algunos hombres turbulentos aspira á separarse de la Holanda, poniéndose bajo el cetro del rey de los belgas. La Alemania, que tan interesada se halla en esta cuestión, parece dispuesta á no consentirlo, prestándose únicamente, en el caso de que las tendencias de separación sean irresistibles, á que el gran ducado de Luxemburgo forme un estado independiente bajo la soberanía del príncipe Enrique, hermano del rey de los Países Bajos.

**DINAMARCA.** El de Dinamarca ha estado gravemente enfermo, pero según el último boletín se encontraba fuera de peligro, y se esperaba que se restablecería en breve.

**ITALIA.** Según una carta de Turin, ha ocurrido en Milan un hecho sumamente grave. Se asegura en dicha carta que el cónsul general inglés en el reino Lombardo Veneto, acaba de llegar á Turin después de haber retirado las armas del consulado de Milan. Corrian mil rumores sobre las causas que habían producido este grave paso, atribuyéndose generalmente á la cuestión griega, y aun se añadía que un buque austriaco por querer dar protección á otro mercante griego, había sido coñoneado por los ingleses. El cónsul británico pasó en cuanto llegó á Turin á casa del embajador de su nación lord Abercromby.

La cámara de los diputados de Cerdeña está ocupándose de la discusión del proyecto de ley para la dotación de la real casa.

Nada de nuevo ocurre en Italia. Se había hecho correr la voz de que el gran duque de Toscana había tenido que huir de Florencia; pero semejante noticia es completamente falsa.

La noticia que dimos de haberse descubierto el asesinato de Rossi parece inexacta.

**INGLATERRA.** En la sesión de la cámara de los lores del 25, el gabinete inglés sufrió una derrota. A pesar de la oposición del ministerio, lord Stanley consiguió que la cámara adoptase una separación completa entre los fondos comunes y el que se llama fondo episcopal.

## REVISTA DE MADRID.

Una gran noticia, una noticia tan sorprendente como inesperada, ha venido estos días á agitar y á conmover los círculos musicales.—Cartas de París aseguran que para el mes de abril nos hará una visita la incomparable artista que ha logrado oscurecer en su segunda época el ástro de Jenny Lind, la que arroja á esta sin duda desde Europa á América; la que usurpa el título de ruiseñor, de que tan orgullosa se mostraba; en fin, la que al cabo de cuatro lustros de silencio y de retiro ha tornado á aparecer en la escena con una corona de condesa en la frente, sin haber perdido por eso la brillante aureola de gloria que en otro tiempo la circundaba.

Nuestros lectores habrán comprendido que hablamos de Enriqueta Sontag, una de las innumerables víctimas de la revolución de Italia, en la cual el Conde Rossi su esposo ha perdido toda su fortuna.—Pero la ilustre cantatriz es madre de seis hijos, ¡y de qué no es capaz el amor maternal!... El le recordó que no tenía sino cuarenta y cinco años; que conservaba su voz tan fresca y tan pura como treinta años; él le sugirió el noble pensamiento de volver al teatro para asegurar, tal vez en breve espacio, la suerte y el porvenir de su familia.—La Sontag no busca, no ambiciona ya laureles; verdaderamente la digna rival de la Malibran no los necesita; lo único que pretende es sacar á su marido de la triste situación en que se encuentra, y manifestarle su gratitud por haber despreciado las vanas preocupaciones del mundo tomándola por esposa, y elevándola desde las tablas de un

teatro, á la corte y a los palacios de los monarcas mas poderosos de la tierra.

Un resultado felicísimo ha premiado tan generoso propósito; la condesa de Rossi, la ex-embajadora de Cerdeña, ha sido tan aplaudida ahora, como cuando se llamaba Enriqueta Sontag únicamente; en Londres primero, en París después, ha encontrado el propio entusiasmo, el mismo frenesí que en su juventud escitaba; y como entonces, las coronas y los ramilletes han caído cual espesa lluvia á sus pies.—En esos triunfos brillantes hay un doble objeto; al paso que se galardona á la cantatriz, se dá un testimonio de simpatía á la muger; á la admiración á la artista se une la admiración que merecen la esposa y la madre.

Cuando la Sontag apareció el verano último en el teatro de la Reina de Londres, su hábil empresario M. Lumley creyó volverse loco de júbilo por haber descubierto aquella incomparable maravilla.—Apresuróse, pues, á ajustarla por tres años, con la obligación de hacerla cantar donde le acomodase; en San Petersburgo ó en Madrid; en una populosa capital ó en una humilde aldea; en un coliseo ó en un salon.—No son raros,—en Italia especialmente—semejantes ejemplos; y otro especulador acaba de firmar un contrato análogo con Jenny Lind, en cuya virtud la cantatriz sueca va á recorrer con una numerosa compañía, las principales ciudades del Nuevo-Mundo.—Durante el tiempo de su empeño, los artistas así ajustados no se pertenecen á sí mismos; los empresarios les avisan con anticipación que se preparen á ir á este ó al otro país, y ellos les proporcionan carruajes, alojamientos, trajes, todo cuanto pueden necesitar; de modo que estos nuevos pensionistas hacen una vida de príncipes, teniendo depositados sus sueldos para mayor seguridad en casa de algun rico banquero, con la acumulación de los intereses.

La primera parte en la que M. Lumley quiso hacer gala de su insigne conquista, fué París, antiguo campo de las luchas y de las victorias de la condesa Rossi; pero Ronconi, director del teatro Italiano, temió que después de oír á aquella pareciesen poca cosa la Persiani, la d'Angri, la Vera, y en fin, todas las primas-donnas que en el día posee.—Entonces el capitalista inglés solicitó la sala del conservatorio de música, que le fué concedida, y donde á estas horas la Sontag ha dado ya tres conciertos con un éxito fabuloso.—Al ejecutar las célebres variaciones de Rode, que parecen compuestas no para una garganta humana sino para un pájaro,—dice un periódico de París—el delirio llegó á su colmo, y no se le arrojaron á la graciosa Enriqueta únicamente camelias, sino tambien perlas y diamantes.»

Merced al camino de hierro que de la capital de Francia y la de Bélgica hace casi una sola población, la Sontag canta alternativamente en las dos ciudades, obteniendo las mismas muestras de admiración de los graves flamencos que de los arrebatados parisienses. ¡Tal es el privilegio eterno del mérito! ¡Que le hagan justicia los mas opuestos caracteres; que despierte de su indolencia á los mas fríos; que arranque de su indiferencia á los mas apáticos!

Ahora bien, según dicen las cartas á que arriba nos hemos referido, M. Lumley después de terminar sus compromisos en París y en Bruselas, traerá á Madrid á la Sontag, animado por el brillante y productivo recibimiento que tuvieron entre nosotros Rubini, Paulina Garcia y Listz.—Nosotros no salimos garantes de la exactitud de la noticia; pero hacemos fervientes votos porque tan venturoso anuncio se realice; porque oigamos esa cantatriz aristocrática, que si conserva aun su nombre artístico, lleva sin embargo en los cuadernos de música una corona de condesa, y las armas de la ilustre casa de su marido.

La semana actual ha sido fecunda en prósperos rumores; á la par que el que con la estension debida á su importancia hemos consignado, ha corrido el de la venida de Roppa y de Ferri al teatro del Circo; y el del ajuste de Mma. Guy Stephan, la ligera y graciosa sílfide, á quien tanto quiere el público de Madrid, y á la que veria otra vez con tanta satisfacción en la antigua escena de sus triunfos. Añádese hasta que la *Gisela*, baile donde hizo su primera salida en 1843, servirá ahora para su nueva aparición.

Ya que hablamos del Circo, apuntaremos de nuestra última *Revista* nos ha valido algunas cuchufletas de un gaceti-llero que la echa de gracioso, y una embajada formal y solemne de parte de la empresa de aquel coliseo.—El pecado que habíamos cometido para merecer semejante pena, era haber repetido en *La Ilustración* lo que cree y dice en Madrid todo el mundo; y lo que no impedirán que siga diciendo y creyendo cuantas denegaciones oficiales ó estra-oficiales se publiquen: esto es, que el empresario de la ópera no es empresario, sino empresaria.—Otro periódico, *La España*, fué aun mas lejos que el nuestro, revelando el nombre de la señora en cuestión; lo cual acredita que no era aquel un rumor desnudo de fundamento. Nosotros nos limitamos á consignarlo en términos benévolos y convenientes; y acaso, lo que mas demuestra su exactitud, es la importancia que se le ha dado, la prisa con que se ha desmentido.—Así, los señores que nos favorecieron con su visita están perfectamente en su derecho contradiciendo lo que nosotros espusimos; como nosotros estábamos en el nuestro dando cuenta de la opinion general sin atenernos á documentos exhibidos después, que nada destruyen, ni nada prueban. Por lo demás, al público y á nosotros nos es indiferente el sexo á que pertenezca la empresa del Circo; lo que al público y á nosotros nos interesa, es que en lo sucesivo sean sus espectáculos mejores que hasta aquí; mas dignos, en fin, de la capital de las Españas.

Si en la presente cuaresma abundan las reuniones, en cambio escasean mucho los conciertos, que otras veces eran tan frecuentes. Todos echan de menos los que el año último se verificaron en casa de las señoras de Mora, y donde juntó á artistas eminentes figuraban distinguidos aficionados; todos recuerdan tambien los del señor don José Madrazo, no menos amenos ni menos agradables.—Ahora los únicos salones donde gozan deliciosos ratos los amantes de la buena música, son los de las señoras de Page y de Pizarro. En el primero de ellos ha tocado recientemente el señor Kontski, obteniendo los mismos aplausos que alcanzara el invierno anterior; en el segundo se ejecutan las mejores composiciones alemanas con una perfección y una inteligencia verdaderamente notables.

Dentro de pocos días, y en cuanto el teatro del Liceo se halle levantado de nuevo, dará en él una magnífica función

á beneficio de los pobres el ilustre pianista á quien hemos nombrado arriba, y cuya caridad es por lo menos tan grande como su talento; los que le acompañarán en esta obra piadosa son la señora de Vega, y la señorita doña Sofia Vela; los señores Castell y Manzochi, y en fin, quizás nuestro compatriota Flavio, que todavía está en París.

Tambien Huerta, el guitarrista por escelencia, el guitarrista tan célebre como caprichoso, que prefiere las nieblas de Londres al bello y puro cielo de su país, Huerta vuelve ahora á él después de haber recorrido, las principales provincias de Francia. En Marsella, donde aun se halla á estas horas, ha producido un efecto inmenso; no solo allí ha conseguido brillantes ovaciones, sino que se le han dado banquetes y serenatas; y si se ha admirado su mérito colosal, no se han admirado menos las escentricidades de su carácter, dignas de cualquier hijo de la soberbia Albion.—Cierta escritor catalán, el señor Balaguer, en una preciosa *Revista de Barcelona* refiere con tanta gracia una anécdota cuyo héroe es Huerta, que creemos no poder terminar mejor nuestro artículo, que con un *préstamo forzoso* de ella.—Dice así:

«Una mañana de 1827, Kean, el célebre trágico inglés que ha proporcionado á Alejandro Dumas argumento para uno de sus mas hermosos dramas, entraba en una taberna de Londres acompañado de un español.

A poco rato de hallarse allí, amigablemente sentados junto á una mesa y departiendo mano á mano con la franqueza y espansion que forma el carácter de los artistas de todos los países, entraron en el comedor dos ingleses altos, secos, chupados, tristes.

Tomaron asiento en una mesa inmediata, y uno de ellos, el mas subido de color, llamó al mozo.

—¿Quién es ese personaje que está con Kean?—le preguntó.

—Un caballero español,—contestó el mozo.

—¡Bueno! Traémos una botella de cerveza.

El mozo trajo la botella.

El inglés, con aquella profunda y filosófica atención que fijan todos los de su país en destapar una botella de cerveza, tomóla con la mano izquierda, y ayudado del dedo pulgar, despidió el tapon.

¡Fatalidad! el tapon no saltó, ni fermentó la cerveza.

El inglés púsose colorado de rabia, y de un manoton echó la botella á la otra parte de la sala.

Al ruido, volvieron la cabeza Kean y el español.

Kean se encogió de hombros, y volviendo la espalda púsose otra vez á beber. El español se quedó mirando fijamente al inglés.

—¡Otra botella!—gritó éste con aquella imperiosa brevedad de acentuación de la lengua inglesa.

El mozo trajo otra botella.

La misma operación por parte del inglés. Ni saltó el tapon, ni fermentó la cerveza, y la botella, impelida por una mano airada, fué á caer junto á su malhadada compañera.

El español continuaba mirándole.

Kean seguía bebiendo.

Iban ya dos pitas; habían tenido ya lugar dos derrotas para el inglés ante un español; y el orgullo nacional se despertó en toda su estension.

—¡Otra botella!—gritó por tercera vez el inglés.

Lo que fuera obra de la casualidad y acaso de la mala calidad del líquido, podía el español aclararlo á ignorancia.

Vino la tercera botella, y con ella la tercera derrota del inglés.

Al arrojar de nuevo al aire la botella, el inglés miró al español.

Había asomado en los labios de este último un risita entre irónica y compasiva, una de esas risitas peculiares solo á los españoles.

El inglés quiso colocar la cuestión en un terreno, el peor que podía elegir.

—¡Este es el caso que hacemos los ingleses del dinero, caballero español!—gritó dirigiéndose á este último, y aludiendo al precio de las tres botellas que hizo seña al mozo de cobrarse de una moneda que arrojó sobre la mesa.

El español nada contestó.

Mientras el mozo había ido por el cambio, mientras el célebre trágico continuaba bebiendo, mientras el inglés esperaba, el español sacó su petaca y de ella un habano. Picó el habano, y en seguida sacó su carterita y de ella un billete de diez libras esterlinas (50 duros).

Metió el tabaco picado en el billete, lo arrolló como un cigarro, y gritó al mozo:

—¡Lumbre!

El mozo trajo lumbre.

El inglés le contemplaba con la mayor sorpresa.

—¡Este es el caso que hacemos los españoles del dinero, caballero inglés!—dijo el español, y encendió el cigarro.

¡Cigarro de cincuenta duros!

El inglés se marchó sin aguardar el cambio. Kean soltó un ¡bravo! acompañado de una enérgica espresion nacional, y echóse un vaso al coletito.

El español fumó tranquilamente su cigarro.»

Este español se llamaba... HUERTA.

RAMON DE NAVARRETE.

## REVISTA DE TEATROS.

El año cómico está próximo á espirar. El decreto orgánico de teatros, previene que la temporada concluya en 30 de junio, con el objeto de que las formaciones se hagan durante los meses de calor en que se cierran todos los coliseos: pero los que han redactado el decreto, se han acordado de Madrid sin tener presente que las compañías de provincias se trasladan á diferentes puntos, y sus mayores utilidades son por lo general en el verano. Siguiendo esta costumbre, van llegando muchos actores, unos porque han concluido su contrato, y otros por quiebra de la empresa. El año cómico ha sido fatal, y la reforma teatral no ha producido los resultados que el gobierno esperaba.

El *Teatro Español* vive porque el ministro de la Gobernación desea que viva, porque se le facilitan todos los recursos necesarios; pero la dirección continúa tan desacertada como en los primeros días de la temporada. Se pone en escena una obra y pasan días y días sin que se ponga en estu-

dio otra: y sin que esté preparada la direccion para el caso en que alguna de ellas no sea bien acogida.

Así ha sucedido últimamente con el *Massaniello*, drama del señor Gil y Zárate, impreso desde el año 39, y no representado porque las empresas y el mismo autor desconfiaban de su éxito; pero llegó la época en que el señor Gil y Zárate abusando de su posición de individuo de la junta de lectura, presentase su obra, y esta se vió precisada á aprobarla por no desairar á uno de sus compañeros, subsecretario además del Ministerio de Instrucción pública.

La obra del señor Gil y Zárate fué mal recibida: el público se mostró implacable, á pesar de que los amigos del subsecretario del Ministerio de Instrucción pública, dijeron que el público había sido injusto.

La Direccion del Teatro Español se apresuró á poner en escena esta obra, olvidándose de todas las demas aprobadas con antelación, y perjudicando notablemente á varios autores, jóvenes la mayor parte, que no están en la posición del señor Gil y Zárate. Pero todavía ha llevado la Direccion del Teatro Español su falta de tino, hasta el extremo de gastar siete mil duros para ponerla en escena, sin que haya logrado reembolsar con el producto de las entradas, la tercera parte de los gastos. Aun las personas mas allegadas á la Comisaría regia, reprueban este despilfarro que afecta á la existencia del Teatro Español, porque no bastan las entradas ni las subvenciones para sostener un presupuesto tan crecido. Y este desorden es tanto mas notable, cuanto que los autores no logran percibir el tanto por ciento que devengan sus obras, sino con un gran retraso, y despues de muchos pasos y reclamaciones del agente de la *sociedad de autores dramáticos*.

Despues de muchos dias de inaccion y de funciones, como suele decirse de remedion, se anuncia para el sábado el drama del señor Rossel, titulado *La Madre de San Fernando*, y la piececita original en un acto del señor Cisneros, *Ultima Calaverada*.

El *Teatro de la Comedia* quiere concluir sus trabajos para el día 21 del presente mes, y con este objeto se apresuran los actores á representar sus beneficios. Siete ú ocho son los beneficiados y todos quieren ser los primeros. Esta es la razon porque la empresa se ha visto precisada á poner una funcion nueva cada dos dias. A beneficio del señor Pardo se ejecutó una comedia original titulada *el Carnaval de Nápoles*; tiene algunas escenas de interés y situaciones cómicas: es una comedia de gracioso y el público la recibió bien, aplaudiendo con preferencia el segundo acto. Despues siguió una piececita original del señor *Bermejo* regularmente versificada y que entretuvo al público.

A beneficio del señor Lugar se representó otra comedia tambien original titulada *El Pollo*, que fué recibida con alguna frialdad. Finalmente á beneficio de doña Josefa Hernandez se ha puesto en escena un drama de grande espectáculo arreglado por don Antonio Novo, y titulado *Los huérfanos del Puente de Nuestra Señora*. Los primeros actos son algo lánguidos, pero en los últimos hay situaciones muy dramáticas y de un gran efecto que fueron muy aplaudidas. La ejecución de todas estas obras se resiente de la precipitación con que se han puesto en escena; en este drama ha sido mejor que en las anteriores. Sin embargo, la señora Monterroso no puede sostener el interés de ciertas escenas y está fria. La señora Monterroso no siente: tampoco es extraño, porque esta actriz solo debe encargarse ya de papeles de característica, donde creemos que conseguirá algunos aplausos.

La señora Pastor no abandona cierto sonsonete en su modo de declamar, que fatiga al espectador. Tanto se ha acostumbrado á este tonillo, que difícilmente podrá abandonarlo.

Parece que el señor Dardalla está decidido á quedarse con el teatro para la siguiente temporada. Pero le aconsejamos que haga algunas reformas en la compañía, porque si hasta ahora ha tenido un éxito favorable en la cuestion de los intereses, en adelante tendrá que habérselas con un teatro como el de Variedades, que vá á recibir mas ensanche y que llamará la atención por el esmero con que se ejecutan las comedias, y por la novedad de la ópera-cómica. Introduzca algunas mejoras en el personal de la compañía, ponga el mayor cuidado en presentar bien ensayadas las obras que ejecute, y entonces podrá sostener la competencia con la compañía de Variedades, que segun hemos oído le disputa la categoría de primer Teatro de la Comedia.

La compañía de la calle de la Magdalena continúa sus trabajos perdiendo como es natural, porque lo reducido del local no permite aun estando lleno siempre el teatro, cubrir el crecido presupuesto que la empresa ha echado sobre sí.

Despues de la comedia del señor Rosa, *Con razon y sin razon*, se ha puesto en escena *La Mensajera*; anunciándose para hoy á beneficio del señor Catalina, una pieza en un acto traducida y titulada *La cabeza á pájaros* y la zarzuela nueva del señor Barbieri.

El teatro del Drama vuelve á abrirse hoy trabajando los actores por su cuenta segun han anunciado algunos periódicos.

Con la *Nena* no podía sostenerse este teatro. ¿Qué será ahora sin ella? Anuncian los carteles el drama de Dumas *«El Caballero d'Harmental»* traducido por el señor Perez Pló, y para mas adelante una comedia de magia.

El próximo año cómico presenta tan mal aspecto como el que vá á espirar. Los actores desconfian de las empresas y exigen cada dia sueldos mas crecidos: la mayor parte de los empresarios no cuentan con fondos, y de aquí el desorden y el decaimiento de los teatros.

M. Z. C.

ESPERIMENTOS DE MM. BOUTIGNY Y A. PERREY ACERCA DE LOS METALES EN FUSION.

Nos ha parecido digno de la version á nuestro idioma el siguiente artículo:

—Vamos á dar cuenta de una comunicacion académica que ha de ocasionar alguna contrariedad á los bebedores de aceite hirviendo y de plomo derretido, y á esos intrépidos juglares que á fuer de incombustibles cogen con ambas manos el yerro enrojecido y pasan por él la lengua, en las calles y plazas públicas. Semejantes seres, cuyo oficio es el de fascinar la vista

y escamotear al aire libre, obran de muy buena fé, á lo que parece, cuando se limitan á ejecutar esas únicas suertes con el fuego. La ciencia les ha robado un secreto y va á divulgarlo sin piedad. Con alguna audacia, con un poco de confianza en la palabra de M. Boutigny, podrá cada cual convencerse por sí propio de que no hay dificultad alguna en andar con los pies descalzos sobre planchas de hierro candente y en lavarse las manos en el bronce en fusion.

M. Boutigny hace unos experimentos originales, de mucha inventiva y aun de bastante esposicion. Sabidos son los felices resultados con que ha desenvuelto los hechos relativos á lo que él llama *estado esferoidal*: ha imaginado ciento y tantos experimentos para probar que los líquidos que descansan en superficies que están á una alta temperatura, se constituyen en un estado singular que no les deja participar de la elevada temperatura del cuerpo sobre que reposan; hechos que en el dia nadie contradice. M. Boutigny los ha reproducido públicamente en diversas ocasiones, y siempre recordaremos haber visto caer una gota de agua en una copa de platino calentado, contraerse, adoptar una forma esférica, y agitarse dando vueltas sobre un brasero ardiendo. El líquido, sin que quepa en ello la menor duda, se evapora á la larga, pero desaparece con tal lentitud, que es preciso admitir que al formarse, se resiste el esferoide de un modo particular contra la irradiacion calórica. Cada líquido, al pasar al estado esferoidal, toma y conserva una temperatura inferior á su punto de ebullicion, sea lo elevada que quiera por otra parte la del cuerpo que la contiene. El agua no llega á los 100°, el alcohol á los 78°, el ether permanece á menos de los 35°, el ácido sulfuroso se queda á los 11° bajo cero, el protóxido de nitrógeno se mantiene á 70° mas bajo que el hielo; de esta suerte que en el centro de un foso calorífico, ó bajo la bóveda de los hornos de reverbero, se puede en una retorta de platina, no solo conservar, si que tambien obtener hielo y congelar el mercurio. No insistimos mas en estos experimentos que datan ya de muchos años atrás; llevan impreso un sello de originalidad que le ha valido á M. Boutigny una reputacion casi fantástica, y que le permite anunciar los resultados mas estraños, sin escitar la incredulidad.

Así que, cuando nos dice M. Boutigny que ha sumergido su mano completamente en fundicion de hierro en fusion, no le contradecemos; cuando afirma que se puede además dividir en dos con la mano el chorro de laba que vomita un alto horno por el caño de salida, debemos creerlo; mas con todo no llegaríamos á esponernos á la ejecucion sino con cierto grado de prudencia. Antes de poner allí la mano, preferiríamos esponer la pata de un perro ó de un conejo. Contiénenos además un reparo que inclina á creer que en los experimentos de M. Boutigny se encierra algun peligro. No es solo cosa de hoy dia el que ocurre á alguien la idea de poner diversas partes del cuerpo humano en contacto con las superficies metálicas incandescentes, y el empleo tan frecuente en cirugía de la autorizacion actual nos pone bien de manifiesto que la desorganizacion de las carnes puede resultar de la aplicacion inmediata de un cuerpo enrojecido al fuego.

Segun M. Boutigny, el agente que preservaba su mano de una carbonizacion instantánea no era otra que la transpiracion cutánea que, favorecida por el espanto que le producía una empresa tan arriesgada, era bastante abundante para construir los tejidos en el estado esferoidal; lo cual puede servirles muy bien de aviso á los que no tengan miedo y tentar además la mano seca; quedándose, por lo demas, el recurso de humedecerla anteriormente con un líquido alcalino, y, con el auxilio de esta humedad que se procuran, pueden llevar á cabo el experimento tan osadamente como los miedosos.

M. A. Perey ha repetido, en parte, los últimos experimentos de M. Boutigny, pero procediendo únicamente con timidez. En lugar de sumergir, como el físico de Erreus, la mano desnuda en la fundicion líquida, en lugar de oponer su mano como un obstáculo á través del caño de la materia en fusion, se ha limitado á ponerse tres veces de pié sobre la gua aun enrojecida, pero ya solidificada. En el primer contacto experimentó, segun refiere, una sensacion de frio; en el segundo contacto, la sensacion de un cuerpo resistente, sin percepcion de frio ni de calor, y, en el tercero, hubo de sentir nuestro experimentador el calor de la fundicion, como dicen los operarios, sin que le quedaran deseos de proseguir. Todo esto ha tenido lugar en Val de Suzon, en una fundicion, en la cual uno de los operarios se arriesga voluntariamente á correr descalzo sobre la corriente de fundicion, con tal que esté bien roja y solida, que tenga los piés muy limpios y que la superficie metálica lo esté tambien. Hallamos que semejantes experimentos van mucho mas allá que los de M. Boutigny; no obstante se observa en ellos una particularidad que no podria observarse en la fundicion en fusion, y es que los sitios tocados por la piel, aun cuando en un principio no se diferencian del resto de la superficie, se destacan inmediatamente en una tinta oscura cuando desciende al rojo oscuro la temperatura del metal.

#### Pensamientos.

Los hombres formados por las circunstancias principian las revoluciones; los formados por los acontecimientos las terminan.

La gloria, la ambicion, los ejércitos, las escuadras, los tronos y las coronas son los purchinelas con que juegan ciertos niños grandes.

Refiere la Escritura que hubo un rey que estuvo siete años convertido en fiera por los bosques, despues de lo cual recobró la forma humana. Lo mismo suele suceder alguna vez al pueblo; pasa sus siete años de bestia feroz, y despues vuelve á su primitivo ser.

Estas metamorfosis se llaman revoluciones; y en ellas, tanto los pueblos como los reyes, adquieren la sabiduría.

¡Singular paralelismo del destino de Roma! A un senado que hacia dioses, se substituyó un cónclave que hace santos.

¿Qué será, pues, esta sabiduría humana que se parece tanto á la locura cuando se la examina desde alguna elevacion?

Los imperios tienen su crisis como las montañas su invierno; y así como en estas una ligera causa motiva el desprendimiento de inmensos montones de nieve, en aquellos una

palabra dicha en tono alto pone en movimiento las pasiones contenidas.

España tuvo y la Inglaterra tiene la mayor marina de la tierra; el mediodia de la América habla español, é inglés el norte.

Lutero decía: *Yo conmuevo el mundo bebiendo mi vaso de cerveza*. Cromwell: *tengo al rey en mi costal* « al parlamento en mi bolsillo. Napelon: *Lavemos en familia nuestra ropa sucia*.

Sirva de aviso á los autores de tragedias, que no comprenden las grandes cosas sin grandes palabras.

Jinebra es una república y un Oceano en pequeño.

Al hombre grande sucede como al sol, que jamás es tan bello á nuestros ojos como en los momentos en que le vemos mas cerca de la tierra; es decir, al salir y al ponerse.

Entre los colosos de la historia, Cromwell, semianático y semipolítico, señala el punto de transicion entre Mahoma y Napoleon.

Los galos quemaron á Lutecia á vista de Cesar, y 2000 años despues los rusos quemaron á Moscow á vista de Napoleon.

Es preciso no ver todas las cosas de la vida al través del prisma de la poesía, que engrandeciendo todos los objetos, se asemeja á los vidrios de aumento. Estos nos presentan en todo el lleno de su luz y majestad las esferas celestes, que vistas á nuestra inmediacion, solo nos presentarían formas gigantescas á la verdad, pero pálidas, vagas y confusas.

La Providencia economiza los grandes hombres, no los prodiga, ni los malgasta. Los presenta y los retira á su tiempo, sin poner á su cargo sino acontecimientos proporcionados á ellos mismos. Cuando tiene alguna mala obra que hacer, la desempeña por malas manos, y solo se vale de viles instrumentos para revolver la sangre y el cieno. Por esta razon concluyó Mirabeau su carrera antes del reinado del terror, y Napoleon la principió despues. En el espacio intermedio entre estos dos grandes hombres, se encuentra la multitud de los nulos y malvados, la guillotina y las matanzas de todas clases. Para el año de 93 Robespierre era suficiente; bastante bueno era para el papel que le tocó desempeñar.

He oído á hombres sabios en política, literatura y ciencias quejarse del odio, de las calumnias, etc.; pero se engañan, pues esta es la ley á que tiene que sujetarse el sabio; en ella consiste su gloria, y las grandes reputaciones pasan por esta prueba. El odio las persigue siempre, y nada hay sagrado para él. El teatro ponía á su disposicion á Shakespeare y Moliere; las prisiones no resguardaron de sus tiros á Cristóbal Colon; el cláustro no preservó á S. Bernardo; el trono no salvó á Napoleon: solo hay sobre la tierra un lugar en que el talento goce del derecho de asilo, y es el sepulcro.

Hay un instinto en el corazon del hombre que le hace ausentarse ante una felicidad sin nubes. Le parece que le debe á la desgracia el diezmo de su vida, y que lo que no paga devenga intereses, que se aglomeran y acrecen enormemente una deuda que le será preciso satisfacer mas tarde ó mas temprano.

Suele exigirsele á la vida mucho mas de lo que en sí encierra; acostumbramos á cifrar nuestra felicidad en las cosas imposibles y nuestra desgracia en las cosas inevitables.

No echemos nunca cuentas de que con la edad se reformarán nuestras costumbres; si bien es cierto que templará el ardor de las pasiones, tambien lo es que no hace sino aumentar los malos hábitos con la costumbre; las inclinaciones no cambian por el color de los cabellos.

Mahoma prescribió á sus discípulos que adorasen cinco veces al sol, y así lo hacen. Los cristianos deben variar y orar incansablemente; ¿lo cumplen?

Nadie nos vé, dicen los pecadores; esto es no comprender entre los que ven al que habita en el cielo.

No se teme en la misericordia de Dios sino cuando se ha llegado ya á creer en su justicia.

Casi siempre el principal uso que hacemos del amor á la verdad es el de persuadirnos que es verdad lo que queremos.

El modo que solemos tener de afejar los defectos agenos suele ser mas feo que los defectos mismos.

El orgullo es una hinchazon del corazon: preciso es picarle para desalojar el viento que la origina.

Para ser cristiano es preciso vivir en la persuacion de que esta vida es un camino de corta duracion.

Es sumamente cierto que los hombres en general no llegan nunca á saber lo que es verdadero, sencillo y justo,—sino despues de haberse penetrado antes de lo que es falso.

ORIGEN DE LA COSTUMBRE QUE TIENEN LOS MUSULMANES DE NO COMER TOCINO.

Hé aquí como lo refiere Guibert de Nogent, cronista del siglo XII.

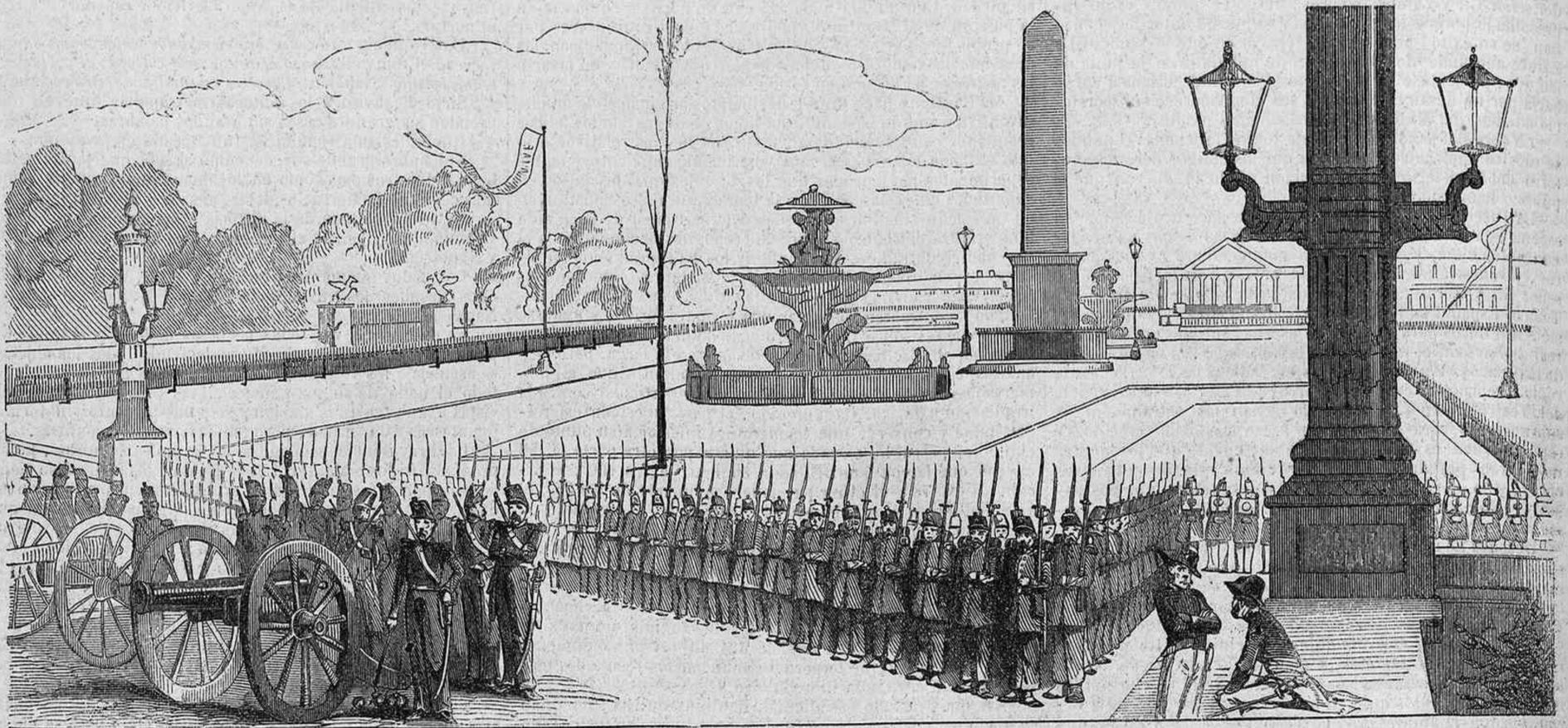
«Mahoma estaba sujeto á ataques epilépticos. Un dia que se paseaba solo, cayó en tierra, acometido por una de las convulsiones, y en tal estado sobrevino una manada de cerdos que le devoraron tan completamente, que no se encontraron de sus restos mas que *los talones*.»

#### Mas sobre manías.

El príncipe Alberto, marido de la reina Vitoria de Inglaterra, compró hace algunos años por 3,800 francos el uniforme que vestía el almirante Nelson en la batalla de Trafalgar. El uniforme que llevaba Carlos XII en Pultawa fué vendido en Edimburgo en 1825 por 560,000 francos; en 1826, dió Lord Shaffesburg 16,550 francos por un diente de Newton que lleva aun engastado en una sortija.

En tiempo de la Restauracion Francesa ofreció un Inglés 100,000 francos por un diente de la célebre Heloisa, cuando fueron trasladados sus restos al cementerio *des Petits-Augustins*. El cráneo de Descartes ¡Oh contraste escandaloso! fué vendido en Estocolmo en 1820 por 99 francos. Un baston de Voltaire se vendió por 500 francos; una chaqueta de Juan Jacobo Rousseau por 939 francos; su reloj de cobre, en 500 francos; la peluca de Kant en 200; la de Sterne en 5. 350 francos; ya se sabe finalmente que el sombrero que llevaba Napoleon en la batalla de Eylau fué comprado por el doctor Lacroix en 1920. De estos apuntes resulta, cual sucede generalmente en estos casos que los ingleses se llevan siempre la palma entre los maniáticos aficionados á antigallas que suelen ser apócrifas.

BELLO IDEAL DE LA REPUBLICA VECINA.



En Paris.



En Provincia.



En la aldea.

CRITICAS CRITICADAS.



«Anoche se estrenó en el teatro de.... la comedia titulada *Trapisonadas*, la linda é inteligente actriz la señorita doña.... interpretó con mucho conocimiento y acierto la parte de protagonista que el autor habia escrito espresamente para ella; á los esfuerzos de la señorita.... se debe el buen éxito de la producción, que sin su poderoso apoyo habria parecido indudablemente lánguida y escasa de interés.»

—¡Qué buenas plumas hay en este periódico!!...

«La comedia nueva que lleva el título de *Trapisonadas*, fué anoche inhumanamente degollada en el teatro de.... contribuyendo en primera línea á la ejecución lastimosa de esta obra la actriz doña... que ni supo dar á su papel su carácter propio, ni aun siquiera recitar su parte de otro modo que á tropezones y con ayuda del apuntador. Debiera ponerse coto al abuso que cometen ciertas empresas, confiando á personas incompetentes papeles de importancia y haciendo parecer así desfiguradas, producciones tan bellas como la de que nos ocupamos.»

—Está visto, la prensa se halla entregada á ignorantes y parciales.

**CARAMURU.**

XVI.

**Venganza de un gaicho.**

Amaro habia resuelto, según se espesaba, hacer un escarmiento con los gefes prisioneros: su amor, mas enérgico que su voluntad, sofocó la explosion de su venganza.—A todos los perdonó sinceramente, menos á don Alvaro, porque era imposible aunque lo desease. Hombres de su temple no reciben una bofetada y se quedan con ella. Hay agravios que solo con sangre se lavan.

En medio del rencor y justa indignación que le ocasionára el ultraje del conde, no podia menos de conocer que era un valiente; y esto, junto con sus sarcasmos y la mortificación de que creyesen los demás que le mataba porque le tenia miedo, contribuyó no poco á que cediese al fin á los nobles impulsos de su corazón y á los fervorosos ruegos de las personas que mas amaba en el mundo: Lia y su padre.

Don Alvaro habia dicho que se deshacia vilmente de él, porque era un cobarde, incapaz de exigirle por sí mismo la satisfacción que estaba pronto á darle; y Amaro, vuelto de su momentánea alucinación, comprendió que para vengar su ofensa cual caballero, aquel era el camino y no otro: un duelo á muerte.

Tan pronto como esta idea surgió en su cabeza, salió, montó á caballo y voló en busca de ellos.

Ya hemos indicado que afortunadamente logró alcanzarlos fuera de la ciudad, á pocos pasos del lugar donde debía verificarse la ejecución.

—¡Deteneos!—gritó desde lejos no bien los divisó;—¡deteneos!

Soldados y prisioneros volvieron el rostro con igual sorpresa: habian conocido la terrible voz de Caramuru.

Aproximóse este á galope, bajó de su alazan, y tomando al conde de un brazo, se alejó con él á bastante distancia para que no le oyesen los demás.

—¿Sois hombre de honor?... le dijo.

—Dudo que me lo preguntéis—contestó don Alvaro con altanería—pruebas tenéis de que nadie ni aun prisionero me insulta impunemente.

—¿Aceptareis un duelo á muerte?

—¡Con el mayor placer!

—En ese caso... os dejaré ir en libertad.

—Pensé que nos batiríamos ahora mismo, repuso el conde.

—Ahora no puede ser, conviene que el mas impenetrable secreto envuelva nuestro desafío.

—Entonces.... murmuró el señor de Itapeby perplejo.

—Os ireis á Montevideo... dentro de dos meses, el 3 del próximo Octubre á la tarde saldéis como de paseo y os dirigireis solo al *Pantanosos*: yo allí os espero... en los médanos.

—¿Las armas?

—Escogedlas vos.

—Me es indiferente: pero para un duelo á muerte estoy por las pistolas.

—Sean las pistolas—respondió el gaicho lentamente—mas como son armas traidoras y yo apenas las sé manejar, tiraremos lo mas cerca posible.

—A todo estoy dispuesto—replicó don Alvaro afectando la mas completa indiferencia para ocultar mejor el disgusto que le ocasionaba aquella proposición;—¡á todo! siempre, cuando y del modo que gustéis.

—Eseuso advertiros, continuó Amaro, que esto debe quedar entre nosotros dos, y que no se necesitan padrinos, médicos, ni....

—¡Oh descuidad!... comprendo, sé de lo que se trata, y

tambien tengo yo mis motivos para ocultar este lance; por otra parte....

—Hemos concluido—esclamó el gaicho sin dejarle terminar la frase—id con Dios, señor conde, disfrazaos de *chasque* con vuestro amigo, y estos mismos soldados os acompañarán hasta que salgais del radio que vigilan mis montoneros.

—Una palabra, una sola palabra, exclamó don Alvaro deteniéndole por el halda del poncho; decidme, ¿Lia está inocente?

—¿Y lo dudais por ventura? ¿lo dudais? repitió indignado su rival, á quien aquella pregunta estemporánea le producía el efecto de un dardo envenenado.

—Creia... pues... juzgaba...

—¡Eh! continuó Amaro en el mismo tono—yo no podia deshonrar á la que va á ser mi esposa.

—¿Tu esposa?...

—¡Si, mi esposa!...

—Hace mucho tiempo que su madre tiene concertado el enlace entre su hija y yo.

—¡No importa!

—Su padre me ha empeñado solemnemente su palabra de honor.

—¡No importa!

—Ella misma sin que nadie la obligase me ha dicho que me amaba, y accedido muy gustosa á aceptar mi mano y mi nombre.

—¡Mientes!!! replicó el gaicho ya exasperado.

—Un miserable como tú no puede ser esposo de Lia Niser, contestó el conde, vertiendo por los encendidos ojos la hiel de la envidia y de los celos que le abrasaban el alma.

—Yo romperé el odioso compromiso que la liga á tí, arrancándote la vida, añadió Amaro con voz seca y breve.

—¡Eso lo veremos! gritó don Alvaro.

—¡Silencio! imbecil,—murmuró aquel poniéndole la mano

en la boca;—no es preciso que otros se enteren de lo que tratamos...

El conde ahogó en su garganta el torrente de insultos que brotaban de su corazón, despedazado por todas las furias del infierno.

Amaro dió las órdenes oportunas á su gente, y sus instrucciones se ejecutaron al pié de la letra: Floridan y el conde llegaron á Montevideo sanos y salvos, sin que nadie les molestase en el camino.

Cuatro dias despues, don Nereo, so pretexto de arreglar algunos asuntos de grande importancia con un banquero que acababa de quebrar, partió á la capital en compañía de doña Petra.

Habia presenciado la escena entre los dos amantes, y adivinado por las últimas palabras de su hermano, las condiciones bajo las cuales se le concedía la libertad. Deber suyo era impedir aquel duelo sacrilego, si no abiertamente, valiéndose de otros medios ocultos que surtiesen el mismo efecto.

Antes de partir, entregó los cien mil patacones de la apuesta á Amaro, que mandó distribuirlos entre su gente, sin reservar ni un peso para él. Desinteresado y generoso proceder que aumentó su popularidad y disipó el general disgusto y descontento de sus feroces montoneros, á consecuencia del perdón otorgado á los oficiales lusitanos, y sobre todo, al comandante don Ricardo Floridan y al conde de Itapeby.

Don Carlos y su hija, por razones de conveniencia, se retiraron á una Estancia que poseía el primero en los confines de la República, cerca de *Ituzaingó*, paraje célebre por la gran batalla que se dió en él el 20 de Febrero de 1827.

Con las prósperas noticias que corrían, el anciano esperaba que de un momento á otro se viesen los invasores obligados á abandonar el país; y halagado por esta esperanza, deseoso de dar tiempo á la maledicencia y á la calumnia, para que se cansasen de despedazar la reputación de Lia, y también á fin de no verse en el duro caso—muy amargo para él que era en extremo pacífico y prudente—de tener una explicación con el conde, esponiéndose á su venganza si le desairaba, don Carlos resolvió encerrarse en su Estancia, y aguardar en ella el desenlace de los sucesos.

Amaro iba á verlos frecuentemente y se pasaba las horas muertas al lado de su adorada y del viejo jurisconsulto, forjando castillos en el aire para cuando llegase el suspirado día de su felicidad. Y si su volcánica pasión hubierasido susceptible de aumento, sin duda crecería con las continuas pruebas de amor que se prodigaban ambos.

Todos los domingos á la tarde Lia salía á recibirle al camino con un ramo de silvestres flores que había cogido en el campo para él; y él la daba en cambio alguna preciosa ave-cilla, prisionera con no pocos afanes por sus montoneros en el fondo de los bosques: inclinábase sobre el cuello del caballo, y al ponerla en sus manos estampaba un púdico beso en la casta frente de la hermosa. D. Carlos se sonreía, invitábale á dar un paseo por los alrededores, y él que no deseaba otra cosa, descendía de su cabalgadura y ofreciendo el brazo á Lia se encaminaban juntos por las márgenes del cercano río. Contábanse lo que habían hecho en toda la semana, y sin dejar meter baza al pobre viejo, hablaban y hablaban sobre el mismo tema—sobre lo que hablan siempre los enamorados—desde que se reunían hasta que se separaban, prometiendo verse el domingo siguiente....

Amaro galopaba treinta ó cuarenta leguas sin descansar, esponiéndose á caer prisionero ó á ser muerto, solo por tener el placer de pasar dos horas á su lado, y aunque aseguraba siempre que estaba acampado por allí cerca, Lia mejor informada, le reconvenía amistosamente y le rogaba que no se espusiese tan á menudo ni fuese tan imprudente y temerario: exijale formal promesa de no volver en algun tiempo; él la prometía cuanto deseaba, y al cabo de siete ú ocho dias se presentaba como de costumbre.

Así se pasaron dos meses, dos meses de envidiable ventura, dos meses de un sueño divino en que su alma, despreñida de los lazos terrenales por la violencia de su pasión, nutriase tan solo con la pura llama de su amor é inundando sus corazones de esa misteriosa voluptuosidad, de esa secreta expansión, de esos transportes ideales que no necesitan de los sentidos para producirse, les revelaba la felicidad perfecta, eterna, sin noche, sin límites ni horizontes, que Dios guarda á sus escogidos en el paraíso, y gustaban de antemano sus inefables delicias....

Alguna vez, sin embargo, el recuerdo del conde venía á nublar el plácido cielo de sus esperanzas. Lia temblaba por su padre, y Amaro se acordaba con recelo que podía matarle en el duelo á muerte que tenían tratado. Probablemente aquella era la primer ocasión que se le había ocurrido tal idea; porque él, acaso mejor que don Juan Tenorio, estaba habilitado para decir:

«A quien quise provoqué,  
con quien quise me batí  
y nunca me imaginé  
que pudo matarme á mí,  
aquel á quien yo maté.»

Pero la felicidad enerva hasta los corazones mas intrépidos. Se teme perder el bien que nos ha costado mucho trabajo alcanzar. ¿Cómo no amar la vida?... ¡Era tan dichoso al presente y esperaba tanto del porvenir! ¿Cómo no desconfiar de la negra estrella que le perseguía desde la cuna?... ¡Ay! tal vez en el momento que llevase á los labios la copa de su ventura, tal vez el plomo de su rival la despedazaría entre sus manos cortando el hilo de su existencia!

Este doloroso pensamiento no dejaba de preocuparle, á medida que se acercaba el plazo fatal: mas no por eso tembló, ni dudó de su valor, ni pensó jamás en rehuir el combate ó dilatarlo.

Resuelto á matar al conde ó á ser muerto por él, presentóse en los *medanos del Pantanoso* en el día y hora convenidos: un hombre le aguardaba desde por la mañana con una carta de don Amaro.

Grande fué lo sorpre sa del gaucha cuando leyó la siguiente misiva fechada en Rio-Janeiro:

—«Amaro:

A los pocos dias de estar en Montevideo el gobernador me envió aquí con pliegos para S. M. Creí evacuar mi cometido

y volver antes de los dos meses: pero el Emperador, sordo á mis ruegos, me ha prohibido espresamente que salga de Rio-Janeiro, donde me detiene para confiarme, según dice, el mando de algunas de las fuerzas que se están organizando en Rio Grande y que deben en la próxima primavera reforzar á las tropas que tenemos en esa provincia, pues como no ignorais, vamos á declarar la guerra á Buenos-Ayres antes que ella nos la declare.»

«Yo espero de vuestra lealtad, que no atribuireis á ningún motivo innoce mi involuntaria falta, y tambien espero que en cualquier tiempo y ocasion, donde quiera que nos encontremos, aunque hayan transcurrido cincuenta años, realizaremos nuestro desafio como conviene á gentes de honor, es decir, en la forma y modo que teníamos concertado.»

«No hay remedio: es preciso que uno de los dos baje á la tumba: los dos amamos á Lia y solo uno ha de poseerla.»

El conde de Itapeby.

Amaro se atusó el bigote, guardó la carta, volvió grupas á su caballo y se alejó tranquilamente sin querer interrogar al emisario: pensaba escribir al conde.

Creemos escusado advertir que todo habia sido una intriga de don Nereo, quien valido de la amistad que le unía al vizconde de la Laguna, gobernador de Montevideo, consiguió que enviase á su hermano á la corte, apesar de sus protestas y hasta de la resistencia que él opuso; y allí por medio de su influencia y relaciones con los ministros de don Pedro, y especialmente con Francisco Gomes da Silva, alias *Chalaza*, favorito del monarca á la sazón, logró que aquel le detuviese con el pretexto que hemos dicho. Don Alvaro estaba desesperado.

Siempre con la esperanza de obtener de un dia para otro el consentimiento del Emperador, se transcurrieron tres años, en los cuales el Brasil en mal hora declaró la guerra á Buenos-Ayres.

En mar y tierra las armas imperiales se vieron humilladas, tan humilladas que hoy todavía tiembla el imperio delante de Rosas, sin atreverse á recoger el guante que le ha arrojado mil veces á la cara, recordando aquella época desastrosa.

Don Pedro de Braganza, no obstante, hombre de corazón y de mente elevada, antes de abandonar la joya mas valiosa de su corona—la disputada provincia *cisplatina* (1) reclamada por Buenos Aires como parte integrante del antiguo Vireinato, y por él, como su frontera natural en el Plata,—hizo un postrer esfuerzo, formó un numeroso ejército en la frontera, y no pudiendo marchar él mismo á su frente como anhélaba, confió el mando al Marqués de Barbacena, uno de sus cortesanos en quien mas confianza tenia. El conde obtuvo por fin permiso de incorporarse al ejército.

El general argentino don Carlos María de Alvear mandaba las fuerzas patriotas, y Amaro con sus montoneros, un escuadrón de lanceros alemanes y dos batallones de infantería, formaba su ala izquierda.

Los dos ejércitos se avistaron en la misma provincia de Rio-Grande, y despues de muchas marchas y contramarchas por parte del general enemigo, cuyo objeto aun se ignora, se detuvo una noche en los campos de *Ituzaingó* en una situación bastante ventajosa con ánimo de presentar al dia siguiente la batalla, y Alvear que adivinó su intencion, aceptó el reto.

Colocados casi á tiro de cañón, patriotas y realistas se veían desde sus campamentos al fuego cercano de sus respectivos vivaques, y unos y otros aguardaban con impaciencia los primeros vislumbres de la alborada para caer sobre sus contrarios y anonadarlos ó ser anonadados por ellos. El entusiasmo y el deseo de combatir era igual en ambos: pero en cuanto á táctica y disciplina, las tropas brasileras, veteranas en gran parte, eran muy superiores á las nuestras.

Esa misma noche cerca de las diez, recibió Amaro por medio de un desertor del campo enemigo, un billete del conde que no contenía mas que estas breves palabras:

«Dentro de una hora os espero á la entrada del bosque que se estiende á espaldas de vuestra línea: iré solo, y sin mas compañeros que mis pistolas.»

El gaucha requirió al punto las suyas, montó á caballo seguido de unos cuarenta ginetes, dió un largo rodeo como si anduviese recorriendo el campo, y por último, ordenando á los suyos que continuasen patrullando y se retirasen cuando oyesen dos ó mas tiros, se internó solo en el bosque.

Al propio tiempo llegaba el conde por la parte opuesta, disfrazado de gaucha.

Era una clara noche de primavera: la luna de febrero vertía su luz diáfana y transparente sobre el estrecho recinto donde se habían detenido don Alvaro y su rival, y su amarillo fulgor reflejábbase de lleno en el rostro de ambos combatientes. El hacha de los leñadores habia derribado los árboles que crecían alrededor, formando un anfiteatro de veinte varas de largo y pocas menos de ancho.

Los dos se saludaron con frialdad inclinando levemente la cabeza.

—Nos colocaremos á veinte pasos y tiraremos avanzando, dijo el conde amartillando sus pistolas.

—A veinte pasos es mucha distancia, contestó Amaro preparando las suyas.

—A diez.

—No: ha de ser cojidos de la mano.

—Eso es un asesinato estúpido! exclamó don Alvaro con viveza.

—Caballero—respondió el gaucha contemplándole fijamente y con reconcentrada ferocidad, como si quisiera leer en su interior;—caballero ¿tenéis miedo de morir?...

—¡Miedo no! pero me parece una locura y una necedad suicidarnos de ese modo: con uno de los dos que deje de existir, sobra.

—En buen hora! echemos suertes, y al que le toque tirará primero, á quema ropa, se entiende.

Don Alvaro se pasó la mano por la frente y clavó la vista en el suelo dudando si admitiría; mas esta indecision no duró dos minutos; avergonzado de su debilidad levantó con arrogancia la cabeza y exclamó precipitadamente:

—¡Acepto!

—En ese caso hacedme el gusto de retiraros á alguna dis-

(1) Nombre con que bautizaron los intrusos á la Banda Oriental al incorporarla al imperio en 1823.

tancia; yo me volveré de espaldas para no veros: sacad una moneda ú otro objeto cualquiera, escondedlo en una mano y dadme á escojer. Si acierto, tiraré yo; si no os tocará á vos matarme.

—¡Sea! murmuró el conde con voz agitada.

—¿Está ya?... preguntó el gaucha con su impasibilidad habitual, viendo que tardaba en realizar la operación mencionada, mas de lo que parecia regular.

—Escojed—replicó don Alvaro presentándole las dos manos cerradas.

Amaro golpeó la izquierda con el cañón de su pistola.

Exhaló el conde un grito de feroz alegría, y abriendo ambas palmas le mostró una pieza de plata en la derecha.

—Encomiéndate á Dios, ¡desgraciado!—añadió sin poder ocultar su gozo—vas á expiar tus crímenes: llegó tu última hora!

—Dadme la mano, señor don Alvaro, y ved bien como me despachais, porque todavía no estoy muerto—contestó el gaucha con una sonrisa infernal sacándose el *poncho* y desabrochándose la chaqueta, el chaleco y hasta la camisa, para que viese que no llevaba ningun resguardo debajo de ella.

En seguida tendióle la siniestra mano, que apretó por un movimiento nervioso la de su rival, é invocó en su mente el nombre de Lia.

El conde apoyó la boca de su arma sobre la piel, encima del corazón del gaucha, y gozándose de antemano en su triunfo, con el pretexto de informarse caritativamente si tenia algo que encomendar á su cuidado, se detuvo para examinar el efecto que le ocasionaba la idea de su próximo fin.

Pero aunque Amaro debía sufrir horriblemente, su fisonomía era una máscara de bronce que nada dejaba entrever. Lacia su corazón con fuerza; pero no temblaba su mano; contraíanse los músculos de su frente; pero no vacilaban sus piernas; le zumbaban los oídos, pero sus ojos de águila, clavados en los del conde, fijos y sin pestañear, lejos de traducir el miedo revelaban la ira del valiente á quien llevan á la muerte maniatado....

Don Alvaro no pudo menos de admirarse de su sangre fria y serenidad. El verdugo favorecido por la fortuna estaba mas conmovido que su víctima.

—¿Tirais ó no? le preguntó Amaro ya impaciente.

El conde apretó el gatillo, crugió la llave sobre la cazoleta, se incendió la pólvora, mas... no salió el tiro!

—¡Ahora á mí! gritó el gaucha apretándole la mano que tenia cojida con la suya.

El noble conde, acometido de súbito espanto, inclinó el cuerpo hacia atrás y procuró desasirse de aquella férrea y vigorosa mano que le tenia enclavado allí, como la potente garrá de un espíritu maléfico.

Aquel vértigo, aquel estupor, aquella impresion de terror involuntario, pasó como un meteoro; apenas vuelto en sí, don Alvaro se quedó inmóvil, inclinó la frente, y dijo con voz vibrante de indignación y despecho:

—Matadme!!!...

Amaro á su vez, apoyó el cañón de su pistola en el pecho de su adversario.

El conde, por mas esfuerzos que hacia para disimular su angustia, temblaba de los pies á los cabellos; anchas gotas de sudor le bañaban las fases; los ojos querían escapársele de las órbitas; se comprimian sus dedos; le flaqueaban las rodillas, y su respiración desigual y convulsiva, traicionaba el espanto escondido en su pecho.

El gaucha levantó poco á poco el arma homicida, y moviendo la cabeza con una amarga sonrisa de desprecio, descargó su pistola en el tronco de una palmera inmediata.

—Podeis marcharos, señor de Itapeby,—le dijo, señalándole el camino del campamento;—á menos que querais recomenzar el combate, añadió con ironía.

Don Alvaro procuraba en vano reanimarse: habia confiado mas en su valor: él no era ciertamente cobarde; lo habia demostrado en cien campos de batalla y en otros lances de honor, pero en aquella ocasion perdió toda su energía. La noche, la soledad, las estrañas condiciones impuestas por Amaro, y las circunstancias que mediaban en aquel duelo singular, le intimidaron desde un principio. Protejido y engañado por la suerte, no estaba preparado para morir cuando sus armas le traicionaron. Con todo, en medio de su turbacion, todavía tuvo bastante pundonor para exigir á su enemigo que le tirase.

—Yo no mato á un hombre que está medio muerto,—fué la respuesta del valiente guerrillero;—ademas, detesto esas armas de que os valeis vosotros los de la ciudad. No puedo, no, asesinar á nadie á sangre fria. Para que yo mate á un hombre, necesito luchar con él cuerpo á cuerpo, enardecerme con los golpes que dé y con los que reciba, perder la cabeza, en una palabra, y no reflexionar. Con uno de esos instantes mataría á mi propio hermano ó á mi padre, si los tuviera; pero me desdño, me avergonzaría de ensañarme con el que inerte me entrega su vida, aunque fuese mi mayor y mas odiado enemigo, como lo sois vos, señor conde!...

Aquí se detuvo Amaro esperando que le respondiesen, pronto á ofrecer otro duelo á arma blanca á su rival, si veía en él indicios de prestarse dignamente á sus deseos: pero se equivocó, en todo pensaba don Alvaro menos en volver á batirse.

—¡Oid!—continuó el gefe de los montoneros despues de una pausa no muy corta;—puesto que ahora no os place cumplirme vuestra palabra, mañana ó pasado se dará una batalla, batalla campal que debe decidir los destinos de este país: pues bien, si queréis lavar la mancha que ha caido hoy sobre vuestro honor, buscadme en medio de la pelea, que yo tambien os buscaré para pedir os cuenta otra vez del agravio que me hicisteis en Paysandú. Adios señor de Itapeby; hasta mañana.

Anonadado el conde por tanta generosidad no supo qué responder. Su odio y admiración eran iguales: tentado estuvo de llamar al noble gaucha, estrecharle en sus brazos y descubrirle su secreto; pero entonces, entonces seria preciso renunciar á Lia, y este sacrificio era superior á sus fuerzas. ¡Tambien él la amaba con delirio!

—¿Qué hacer?... nada, que me mate ó matarle!... exclamó pasado su primer impulso;—me avergüenzo de deberle dos veces la vida. Dios ha colocado entre nosotros un abismo con el amor de esa mujer, abismo que no puede llenarse sino con la sangre de uno de los dos. El ha podido deshacerse de mí

en dos ocasiones distintas y no lo ha hecho... ¿será la voz de la naturaleza quien le habla?... ¡No! le ciega su vanidad... ¡Insensato! mañana se arrepentirá de su necia hidalguía... Y costeando el bosque se encaminó paso á paso al campamento, devorando á solas su vergüenza y desesperación. Por fortuna, nadie presenciaba aquel nuevo oprobio grabado en su corazón con letras de fuego. El, tan orgulloso y audaz, había temblado delante de CARAMURÚ, que le perdonó por no degradarse matando á un hombre medio muerto, según se explicaba en su rudo lenguaje. Solo el conde comprendía todo el sarcasmo, toda la ignominia envuelta en estas palabras. La venganza magnánima del gaucho sobrepujaba al ultraje que él le había inferido.

## XVII.

## La batalla de Ituzaingó.

Al espirar el año de 1825 el Brasil se había visto obligado á declarar la guerra á Buenos-Aires, que si no protejía abiertamente á los rebeldes, permitía que se equipasen de armas y se organizaran en sus fronteras y hasta en la misma capital. Las justas quejas y reclamaciones del gabinete imperial eran desatendidas: las notas se cruzaban sin resultado alguno; y después de la batalla de Sarandí ganada por los patriotas á las órdenes de los generales Rivera y Lavalleja, don Pedro, Emperador Constitucional y defensor perpetuo del Brasil, resolvió confiar á la suerte de las armas lo que no podía alcanzar por las negociaciones diplomáticas.

La lucha intestina que entonces devoraba á las provincias de la Confederación, no permitió á Buenos-Aires prestar á los Orientales todo el apoyo que era necesario para inclinar la balanza á su favor, y la lucha continuó con fortuna varia hasta principios de 1827.

En esa época, como acabamos de indicar en el anterior capítulo, don Pedro cansado de una guerra que parecía interminable, que diezaba al Brasil y empobrecía su erario, determinó trasladarse en persona al teatro de los sucesos y ponerse él mismo al frente del numeroso ejército que se estaba organizando en la provincia de Rio-Grande.

Sérias complicaciones en Rio-Janeiro le obligaron á volver á la Corte y á confiar el mando de sus tropas al marqués de Barbacena, sujeto que gozaba de una alta reputación de consumado militar, sin haberla conquistado en ningún campo de batalla.

La noticia de la llegada de don Pedro á la frontera produjo en Buenos-Aires la mas viva sensación; el presidente de la República dirigió una proclama á todos sus habitantes invitándoles á unirse contra el usurpador, incorporándose al ejército que pasó en seguida á la Banda Oriental: el marqués por su parte, al tomar el mando de las tropas imperiales, expidió otra proclama asaz jactanciosa, prometiéndoles que en breves días la bandera del Imperio tremolaría victoriosa en la capital de la confederación argentina.

Confiaba tanto el marqués en la victoria, que no quiso aguardar un refuerzo de dos mil hombres que venían en su apoyo á las órdenes de Bento Manoel, caudillo que después se ha hecho célebre, proclamando la República en Rio-Grande y sosteniendo él solo la guerra por catorce años con dos ó tres mil insurgentes, contra todas las fuerzas reunidas de las demas provincias del imperio, que á veces ascendieron hasta veinte mil hombres.

Preciso es confesar, no obstante, que sus tropas eran excelentes, y que tal vez habrían justificado su orgullosa predicción, dirigidas por otros gefes y combatiendo con otros hombres que no estuviesen animados del santo amor de la independencia.

Al día siguiente del que tuvo lugar el desafío entre el conde y Amaro, se libró la batalla. En la situación en que estaban colocados ambos ejércitos, queriendo uno de ellos era casi imposible esquivarla. El retirarse equivalía á una derrota.

En el primer ímpetu los realistas arrollaron á los patriotas; y aunque se ha dicho que Alvear retrocedió cautelosamente para desalojarlos de las ventajosas posiciones que ocupaban, lo cierto es que rompieron su línea, envolvieron á los nuestros, y los persiguieron largo espacio ocasionándoles pérdidas muy considerables.

Por fortuna la caballería pudo rehacerse al pié de una colina y los atacó por el frente y por los flancos; desbandáronse los primeros escuadrones enemigos, remolinearon, volvieron grupas, y fueron á caer sobre su propia infantería. Replegóse la nuestra merced á este movimiento, y después de un desesperado combate que duró seis horas, la victoria se declaró á favor de los patriotas.

Entre tanto Amaro y el conde se buscaban con igual impaciencia y deseo de lavar su comun afrenta. Sobre todo, el segundo que anhelaba borrar la nota de cobarde que había caído sobre su honor.

La casualidad, el destino, ó mas bien la mano oculta de la providencia los separaba. Por dos ocasiones se divisaron desde lejos, y llamándose por sus nombres cerraron espuelas á sus corceles, blandiendo el uno su formidable lanza cabo de ébano y el otro su bien templada hoja de Toledo: un tropel de fugitivos se interpuso entre ellos, y la lanza del gaucho creyendo herir á su rival, se clavó en el pecho de un teniente lusitano, y la espada del conde cayó sobre el morrion de uno de sus propios soldados, partiéndole el cráneo. Luego el tumulto y la confusión, el polvo que levantaban los caballos, la negra atmósfera producida por la pólvora incendiada, estendian en derredor un azulado velo, que se desvanecía y condensaba en lividas y sangrientas ráfagas, al estallar de nuevo los cañones y fusiles. Los combatientes no se veían á cuatro pasos de distancia.

—¡Don Alvaro!!! gritaba Amaro con tronador acento, abriéndose camino por entre la apretada muchedumbre, con la punta de su lanza que destilaba sangre hasta la cuja:—¡Caramurú!!! repetía el conde sin orle, empuñándose furioso sobre el arzon de la silla, atropellando y acuchillando cuanto intentaba detenerle...

¡Empeño inútil!... su voz se perdía en medio del bramido del cañón, el choque de los sables, el estrépito de las balas, y de los gritos, imprecaciones y lamentos que víctimas y verdugos arrojaban en la palestra, y cuando se disipaba por un instante la espesa humareda que los envolvía, ya no se encontraban.

El arrojo y valentía del conde en la ocasión presente contrastaban con su anterior debilidad. Nadie al verle impávido y audaz precipitarse ciegamente en lo mas recio de la batalla, y desafiar una y mil veces la muerte, allí donde el peligro era mas inminente, nadie hubiera creído que aquel mismo hombre la noche antes había temblado como un niño al sentir sobre su pecho el cañón de una pistola. Pero tal es la condición humana y tan efímeros la mayor parte de las veces los fundamentos del valor. ¡Cuántos que pasan por valientes, se baten y sucumben como unos héroes cegados por las impresiones del momento, tiemblan y retroceden ante una muerte tranquila, segura, inevitable!

Lo que mas afligía á don Alvaro era que su rival le creyese capaz de esquivar el duelo y huir de él; capaz de temerle allí como le había temido en el bosque. A esta idea bramaba de coraje, y hubiera dado con gusto su alma á Satanás á trueque de encontrarle.

Por satisfacer este deseo que le resecaba las entrañas, desde los primeros choques se había separado del batallón que mandaba, roto y deshecho largo tiempo hacia. Y era tal su ceguera, estaba tan dispuesto á cumplir su palabra, que cuando presenció la completa derrota de los suyos, en vez de ponerse en salvo, se bajó tranquilamente del caballo, cojió el sombrero y el poncho de un patriota muerto, se los puso y fué á colocarse en la senda del camino por donde necesariamente tenía que pasar Amaro persiguiendo á los fugitivos.

Sus cálculos le salieron exactos; á poco apareció el intrépido gaucho, seguido á bastante distancia de algunos montoneros: al parecer galopaba tras un gefe realista á quien sin duda equivocaba con él.

A penas se convenció el conde que el que avanzaba era Amaro y no otro; lanzó su caballo á escape, y le llamó por su nombre, gritándole:

—¡Caramurú, aquí estoy!...

Renunciamos á pintar el transporte de salvaje alegría que bañó el semblante del vengativo gaucho: la pantera que herida de muerte por el cazador, consigue abrazarle, hundirle sus garras en el pecho y ensañarse en su cadáver antes de espirar, no ruje con tanto gozo como Amaro al divisar al conde.

Recojida al punto debajo del brazo, doblóse silvando la ponderosa lanza en su robusta mano; y enhiesto el cuello, apretados los dientes, entreabiertos los labios, fija y centelleante la mirada, apresurando la rápida carrera de su bridon cual si temiera que se le escapara de nuevo su adversario, fuese derecho á él, cual imantada saeta despedida con violencia y atraída al mismo tiempo por un blanco de acero.

Con idéntico brio, con igual ímpetu y satisfacción arrancó el conde hacia su odiado rival.

No era mucha la distancia que los dividía, y sus caballos volaban; pero en su anhelo por llegar á las manos, se figuraban que había una legua de por medio, y que sus alazanes rendidos de fatiga no acertaban ya á galopar.

Por último se encontraron: Amaro revolvió el brazo atrás, y su lanza describiendo un doble círculo, corrió certera entre sus dedos, recta al corazón de su enemigo.

El conde, que era un excelente tirador de toda clase de armas, la rechazó con su espada, y casi, casi se la arranca de las manos. Vuelve Amaro á acometerle otra vez, y vuelve él á desviar los golpes que le dirige. Ataca don Alvaro, y con tal velocidad y destreza, que apenas puede aquel defenderse con la lanza: arrojala enfurecido y empuña el sable.

Chócanse, rebotan, martillean y crujen los aceros en sus potentes diestras: los dos combaten con encarnizamiento, ciegos de ira, sedientos de venganza, mas no consiguen herirse.

De repente dá el conde un grito, inclina lentamente la cabeza sobre el cuello del caballo, estiendo el brazo, suelta la espada, vacila, pierde los estribos y cae al suelo.

Ancho raudal de sangre se escapa de su pecho; una traidora lanza lo ha traspasado por detrás de parte á parte.

Amaro indaga con la vista quien ha sido el alevé que se ha atrevido á herirle cuando combatía cuerpo á cuerpo con él; el hierro ensangrentado de uno de sus montoneros le revela al culpable; vase á él y le tiende á sus pies de una cuchillada.

El desgraciado creyó hacer un servicio importante á su gefe, librándole de un enemigo que tan bien se defendía y atacaba.

En seguida se desmonta, examina la herida y mueve la cabeza dolorosamente: la lanza que le ha traspasado estaba envenenada!

El conde no ha perdido el conocimiento y Amaro trata de disculparse de aquel accidente imprevisto:—no es necesario que os justifiqueis, él le contesta,—todo lo comprendo...

Acuden algunos soldados,—el caudillo patriota les confía al conde y corre á buscar á uno de los cirujanos del ejército, vuelve con él, y hecha la primera cura, ordena que lleven al herido á la casa mas próxima que se encuentre.

Don Alvaro le dá las gracias con una melancólica sonrisa que equivale á decir: ¡ya es inútil! le tiende la mano, pronuncia el nombre de don Carlos Niser, y ruega con voz apagada que le conduzcan á su estancia, que dista muy poco del lugar de la batalla. Don Carlos es su pariente inmediato, y antes de morir quiere arreglar sus asuntos, y nombrarle albaacea de sus cuantiosos bienes.

Amaro vacila porque teme que se le atribuya aquella muerte, y se disculpa con pretextos triviales.

El conde adivina su pensamiento, y haciendo un grande esfuerzo para hablar, le tranquiliza diciéndole:

—Os he visto castigar á mi matador; y os conozco bastante para no atribuirlos semejante vileza.... Es la mano de Dios quien me hiere: nada sabrá Lia.

El generoso gaucho al ver aquel cambio inesperado y no sabiendo á qué atribuirlo, se siente tambien enternecido y olvidando sus agravios. No es ya su antiguo rival, es solo un moribundo quien le implora. Sería una crueldad y una infamia oponerse á sus últimos deseos. En consecuencia, manda colocar al herido en una camilla y le acompaña en persona hasta cerca de la estancia; vuélvese al campamento; y cumpliendo sus postreras instrucciones, espide un *chasque* á don Nereo, para que en el acto se ponga en marcha, por si aun llega á tiempo de recoger el último suspiro de su infeliz hermano...

La necesidad de enumerar, aunque sea incidentalmente, los acontecimientos políticos de alguna importancia, eslabonados con los personajes de nuestra historia; acontecimientos que pueden considerarse como el fondo del cuadro que bos-

quejamos, como la peana donde descansan sus principales figuras, nos obligan á consignar aquí, en pocas palabras, los resultados de esa gran batalla que decidió una lucha de doce años, y abrió una nueva era para la joven república oriental.

A consecuencia de ella, don Pedro, desesperado de triunfar, y cediendo después de una porfiada resistencia á las bases presentadas por Lord Ponsomby, ministro plenipotenciario de S. M. B., consintió que sus ministros en union con los de Buenos-Ayres, firmasen en Rio-Janeiro el 27 de agosto de 1828, bajo la mediación de la Gran Bretaña, la célebre convención preliminar de Paz, que hoy Rosas hace valer como uno de sus títulos para intervenir en nuestros asuntos domésticos.

Ahora solo cumple á nuestro objeto decir, que por los artículos 1.º 2.º y 3.º, tanto el Brasil como Buenos-Ayres *renunciaron solemnemente* á todas sus pretensiones de dominio y soberanía sobre el pais disputado, «á fin de que se constituyera en estado *libre é independiente* de toda y cualquiera nacion, bajo la forma de gobierno que juzgase mas conveniente á sus intereses, necesidades y recursos; obligándose ambas altas partes contratantes á defender su independencia é integridad, por el tiempo y en el modo que se ajustare en el tratado definitivo de paz.»

Así recompensó Dios la fé, la constancia y heroicidad de sus dignos hijos. El 4 de octubre del mismo año fueron canjeados en Montevideo las ratificaciones de ese pacto de honor y justicia, que habian alcanzado nuestros padres, merced á su indomable arrojo. En aquel dia, dia de imperecedera gloria, la mas hermosa estrella de las muchas que ostentaban el estandarte imperial, pálida y sin brillo entre ellas, arrancada por la punta de sus lanzas, inundó el horizonte con sus rayos, y las eclipsó á todas, convertida en sol esplendoroso!

ALEX. MAGARIÑOS CERVANTES.

(Concluirá en el número próximo).

## El árabe y su caballo.

Un árabe y su tribu habian atacado en el desierto á la caravana de Damasco; la victoria era completa, y ya los agresores se apresuraban á recoger el botín, cuando un cuerpo de caballería del Pachá de Acre que salía á recibir y escoltar á la referida caravana cayó de improviso sobre los árabes, mató á un sin número de ellos é hizo prisioneros á los restantes, que atados con cuerdas fueron conducidos á Acre para entregarlos al Pachá. Abou-el-Marsch, que era el árabe gefe de la tribu, habia recibido un balazo en un brazo durante la accion. Como la herida no era mortal, los turcos le ataron encima de un camello, y se apoderaron tambien de su caballo. La noche precedente al dia en que debian entrar en Acre, acamparon con sus prisioneros en las montañas de Saphadt, el árabe herido tenia las piernas atadas con una correa de cuero, y estaba tendido cerca de las tiendas en que dormían los turcos. A la mitad de la noche, no pudiendo conciliar el sueño por los padecimientos que le ocasionaban sus heridas y su desesperación, oyó relinchar á su caballo que estaba atado con los demás alrededor de las tiendas como acostumbra los turcos; conoció su voz, y no pudiendo resistir al deseo de ir á hablar la vez postrera con el compañero inseparable de sus victorias y derrotas, se arrastró pensosamente hasta el sitio en que se hallaba el noble animal.

«¡Pobre amigo! le dice, ¿qué vas á hacer tú entre los turcos? Te verás encerrado con los caballos de un Aga ó de un Pachá; las mugeres y los niños no te darán ya leche de camello, ni la cebada en la palma de la mano; no correrás ya libre en el desierto como el viento de Egipto, ni hendirás con tus anchos pechos la corriente del Jordán, cuyas aguas refrescaban tu pelo tan blanco como la espuma que arrojas por la boca. ¡Oh! sé tú libre al menos, ya que yo sea esclavo! Anda, vuelve al campamento, vé á la tienda que tan bien conoces, dí á mi muger que Abou-el-Marsch no regresará ya á sus hogares, y mete la cabeza entre los lienzos de la tienda para lamer las manos de mis hijos.»

Al mismo tiempo que hablaba, Abou-el-Marsch habia cortado con los dientes la soga de pelo de cabra que servia de traba al caballo y este se halló libre; pero viendo á su amo herido y atado, el fiel é inteligente animal comprendió, con su instinto, lo que ninguna lengua hubiera podido explicarle. Bajó la cabeza, olió á su amo, y de repente, cogiéndole con los dientes por el cinturon de correa que le rodeaba el cuerpo, emprendió un galope sostenido y llevó su preciosa carga al campamento árabe. Al llegar y echarla sobre la arena ante su muger y sus hijos, el caballo espiró; se habia rebentado con la velocidad y el cansancio de su carrera. Toda la tribu derramó lágrimas por su muerte. Los poetas le cantaron en sus versos, y su nombre es repetido con frecuencia por los árabes de Jericó.

## La razon humana.

La razon humana es una magnífica cosa en boca de los hombres: se equivoca, quiere decir; no piensa como yo. Tiene razon, significa: es de mi opinion.

## Aforismo.

Las injurias humilian estremadamente al que las dice, cuando no consiguen humillar al que las recibe.

## Anécdota.

N. de T. vestido enteramente de negro y llevando medio recubierto de gasa su sombrero, fué detenido en la calle por uno de sus amigos.—

—Dios mío!—pues á quién ha perdido V. le preguntó el amigo.

—Yo? no he perdido á nadie... es que me he quedado viudo.

## Los huevos de abadejo.

Un físico inglés ha tenido la paciencia de contar los huevos de un abadejo; ha hallado que ascendían á 9.344,211.

## Pensamientos.

Cada cual quiere tener un amigo, pero nadie quiere serlo de otro.

Los hombres no os creen cuerdo, sino cuando se compare ó se aprueba su locura.



Una jugada interesante.

—Yo cierro el juego.  
—No tal. Hay blanco por todas partes: soy el último y hago dominó.

**Advertencia á los suscritores á El Popular.**

En 1.º de julio último se celebró entre la empresa del P.ULAR y la de LA ILUSTRACION un contrato, á propuesta de la primera, y en virtud del cual debíamos entregar 1000 ejemplares de cada número de nuestro periódico en las oficinas de aquel diario, destinados á ser distribuidos á algunos de sus suscritores. Celosos del crédito de nuestro Establecimiento, hemos cumplido con la puntualidad que tenemos por sistema nuestro compromiso, á pesar de que la empresa del POPULAR dejó al segundo mes de satisfacer la cantidad estipulada. En este caso, no pudiendo llevar mas adelante nuestra tolerancia, agotados todos los medios amistosos de que se cumpla lo pactado, y pendiente de los tribunales la accion correspondiente, hemos resuelto suspender la remision de números de LA ILUSTRACION al POPULAR. Las quejas que recibimos de suscritores á este periódico, nos obligan á dar el presente aviso á las personas que se hayan abonado por medio de aquella empresa, para que no nos culpen de la falta que experimentan, y para que puedan dirigir sus reclamaciones, de cualquier género que sean, á los comisionados del POPULAR, con quienes se han entendido para recibir LA ILUSTRACION.

**Sentencias y máximas.**

La mano se apoya en un baston para sostener el cuerpo cuando falta un pié: no de otra manera deben ayudarse entre sí los miembros de la familia humana.  
No solo el vino es el que embriaga; todas las inclinaciones, todos los deseos llevados á un estremo producen el pro-

pio efecto. Los hombres suelen beber una cantidad equivalente á medio vaso; poco á poco se les trastorna la cabeza, y con la cabeza pierden la reflexion y la voluntad.

**SONETO.**

**El recelo.**

Salta, corre, se tiene, mira, vuela el tordo en derredor del lazo armado: codicia el rico cebo preparado; pero perder la libertad recela. Tímido huuye; mas huyendo anhela por volver: vuelve al fin, y acautelado se allega, pica y vese aprisionado el misero, á pesar de su cautela. Yo así, graciosa Laura de mi vida, por esa tu risueña boca muero, que á dulces hurtos con su miel convida. Mas el lazo que amor esconde artero entre sus frescas rosas, me intimida. ¿Quedaré por ventura prisionero?

FRANCISCO ANTONIO DE BARREDA.

Las suscripciones á los periódicos de modas reunidos que anunciamos en el número anterior, se reciben en la librería de Bailli-Bailliere, calle del Príncipe.

**GEROGLIFICO.**

